

Jorge Turner, *Panamá en la América Latina que concibió Bolívar*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México/Plaza y Valdés, 2007, 188 pp.

A continuación incluimos las intervenciones del periodista Carlos Fazio y del coordinador del Centro de Estudios Latinoamericanos, José María Calderón Rodríguez, en la presentación de esta obra de Jorge Turner, en marzo de 2007.

*Carlos Fazio*

Conocí a Jorge Turner hace 30 años, más precisamente en agosto de 1976, cuando llegué a México como refugiado político. A los pocos días se inauguraba aquí la sede de la Federación Latinoamericana de Periodistas, y allí, en el viejo local de la FELAP, sobre la calle Nuevo León de la Ciudad de México, en un mar de periodistas mexicanos y exiliados, descubrí a Turner, este panameño sin par, luchador incansable por la liberación nacional de Panamá, marxista crítico, latinoamericanista y bolivariano de pura cepa.

Se enteró que yo era un oriental de la tierra de Artigas y de inmediato me dijo que sentía una gran admiración por Raúl Sendic, dirigente del MLN Tupamaros de Uruguay. Ese fue el inicio de una amistad que llega hasta nuestros días. Sé que esto es anecdótico y puede parecer circunstancial, pero sirva para introducir un dato que creo es fundamental para definir el carácter y la esencia de este hombre que nos convoca: me refiero a su honradez y a su coherencia intelectual a prueba de balas, que ha trascendido todas las modas e incluso las deserciones masivas hacia el centrismo y la derecha del espectro político de muchos colegas.

Una vez más, a sus 84 años, el joven Turner nos sorprende con otra obra: *Panamá en la América Latina que concibió Bolívar*. Estos testimonios de luchas, estos diez ensayos que tienen como eje a Panamá –esta república *sui generis*, la “mal nacida”– y a la potencia imperial –Estados Unidos–, que la parió en 1903, para decirlo con las palabras del autor, en un acto “troglodita” de fuerza del capital monopólico y del gobierno de Theodore Roosevelt.

Eran los días del expansionismo estadounidense de la mano de la “política del gran garrote” y la “diplomacia del dólar”. Del naciente imperialismo. Washington construyó el Canal que une los puestos de Colón y Panamá y, mediante un pacto a perpetuidad, convirtió a este territorio estratégico en un enclave colonial. Era una “seudo república” o un “cuasi protectorado” nos dice Turner.

Luego, Washington instaló una red de bases militares en la llamada Zona del Canal, que recortó aún más la soberanía nacional de esta nación hermana y acentuó

la dominación estadounidense. Ante los ideales de autodeterminación del pueblo panameño, la nación canalera, consigna el autor, se encuentra entre las siete naciones latinoamericanas más invadidas por el “ejército yanqui”.

Pero este libro que nos reúne, recoge también la obsesión permanente de Turner: la producción de ideas concretas para consolidar el proceso de integración de Nuestra América, como la llamaba Martí. Un proceso de integración salpicado de marchas y contramarchas, que se inscribe, en la actualidad, bajo una forma renovada de dominación regida por la dictadura del pensamiento único, la ideología del neodarwinismo social, más conocida como neoliberalismo, y la diplomacia de la fuerza de la administración de Bush, con su “guerra preventiva”, que es en realidad una guerra ofensiva, de impronta totalitaria, neonazi. Un modo de dominación que Turner describe como un “proyecto neoeconómico, geopolítico y geomilitar”, que persigue la disminución de las soberanías de nuestros Estados nacionales y el empobrecimiento de nuestros pueblos, y aspira a establecer en el sub-hemisferio un “colonialismo militarizado” de nuevo tipo.

En nuestros días, cuando a la manera de José Manuel Marroquín, el presidente colombiano que negoció con Washington la separación de Panamá de la Gran Colombia, otros usurpadores espurios como el mexicano Felipe Calderón parecen “contagiados por la lepra de la servidumbre” frente al amo yanqui, la región atraviesa un rico proceso de toma de posiciones. El riesgo, nos dice Turner, es que “la docilidad y la complacencia” pueden conducir a un “sojuzgamiento completo”, a un “modelo asfixiante de capitalismo harapiento, subdesarrollado y dependiente como nunca”, que se hará cada vez más difícil revertir.

Con lucidez, Turner nos dice que en el mundo globalizado de nuestros días ninguna nación pobre puede resolver sus problemas por sí sola, aislada de las demás. Por eso, señala como obligatoria la elaboración de plataformas programáticas de integración, basadas en el estudio previo de los intereses comunes de nuestros países, con eje en la justicia social, la redistribución del ingreso y el desarrollo de una hegemonía interna basada en la organización popular. No obstante, la correlación de fuerzas es desfavorable hoy para una empresa de ese corte, pues Estados Unidos tiene el monopolio militar de las más mortíferas armas de destrucción masiva y cuenta con un sistema de propaganda mediática formidable que genera confusión en la opinión pública, amén del apoyo lacayuno, cipayo, de muchos gobiernos del área y de las plutocracias locales y de diversas formas de lucha.

De todas formas, advierte contra las “tesis redentoristas” y los planteamientos “sectarios”, “conciliadores”, “inventados”, y ejemplifica con el caso del teórico Antonio Negri. En particular, critica los planteamientos que aparecen en su libro *Imperio*, escrito por Negri y Michael Hardt (2000), donde ambos señalan que el imperialismo está “liquidado” y sólo existe un “imperio”, el de las compañías multinacionales. Según sostiene Turner, la dominación se ejerce hoy a través de la “identidad de fines” entre los gobiernos imperialistas y las transnacionales imperialistas, y pone como ejemplo la invasión a Irak por Estados Unidos.

Con Adolfo Sánchez Vázquez plantea, para la coyuntura, la necesidad de grandes alianzas para derrotar a las formas más agresivas del capitalismo y apuesta a la construcción del socialismo, de una sociedad anticapitalista sin explotados ni explotadores. Y concluye diciéndonos que América Latina, una región grande en extensión, población y coraje, no es susceptible de ser “engullida” sin consecuencias. Ante las derrotas tácticas que se pueden sufrir en la subregión, Turner, citando a Fidel Castro, utiliza el símil del personaje bíblico de Jonás, que a los tres días escapó íntegro del vientre de la ballena que se lo había tragado. “América Latina y el Caribe pueden ser devorados, pero no podrán ser digeridos”, dijo Fidel.

Y nosotros repetimos esa verdad: eso no ocurrirá. Mientras haya en la región luchadores sociales y por la liberación nacional de nuestros pueblos de la talla de Jorge Turner, un hombre ético y moralmente íntegro, luchador de tiempo completo, de ideas socialistas, bolivariano, latinoamericanista, anticapitalista, antiimperialista, antifascista, a ratos periodista cabal pero también maestro y formador de juventudes desde su cátedra en la Universidad.

Por todo eso, gracias, Jorge, una vez más. A tu lado, con tus aportaciones, seguimos aprendiendo y creciendo.

*José María Calderón Rodríguez*

La publicación de este último libro de Jorge Turner resulta particularmente oportuna, pocos meses después del *referendum* del domingo 22 de octubre de 2006, en donde se consultó a los panameños para decidir sobre si se aceptaba o no una propuesta de ampliación del Canal de Panamá. Como dato circunstancial, baste con saber que de 2.1 millones de potenciales votantes, 1.2 millones se abstuvo de votar y 700 mil votaron a favor, es decir, un 30 por ciento del total de los electores. La ampliación del Canal costará, según el gobierno, 5 mil 250 millones de dólares y se hará de 2007 a 2013. Estos datos no tendrían mayor importancia, en la danza de miles de millones de dólares a los que han pretendido acostumbrarnos los tecnócratas, si no fuera porque se trata de un dato crucial en la existencia de la República de Panamá. Y es esto lo que ha venido a recordarnos Don Jorge con este nuevo libro –escrito con maestría, con claridad y con expresiones precisas– intitolado *Panamá en la América Latina que concibió Bolívar*.

Se trata de una obra integrada por un conjunto de diez textos elaborados entre 1964 y 2005, cuya temática central gira en torno a algún aspecto relacionado con la historia de Panamá y América Latina. Y aunque el trasfondo es decididamente autobiográfico, llama la atención la necesidad irrefrenable del autor por fundir su biografía con momentos o circunstancias fundamentales de la historia contemporánea de Panamá. Los diez ensayos retratan con suma claridad el horizonte problemático (el de la construcción del Estado regional) y la perspectiva teórica e ideológica de Turner (por un lado, el marxismo como método de pensamiento y el bolivarianismo como guía para el cambio social y, por el otro, la liberación del Estado

nacional de todo tipo de dominación imperialista y la emancipación de la sociedad de cualquier forma de explotación de clase).

No puede escapar al lector de este conjunto de textos el año del primero de ellos: 1964, pues precisamente ese año tuvo lugar la insurrección popular de los días 9, 10 y 11 de enero, misma que dio inicio al proceso de traspaso de la administración estadounidense del Canal a Panamá y el progresivo desmantelamiento de las bases militares norteamericanas como culminación de décadas de luchas populares tendientes a derrumbar uno de los últimos enclaves coloniales en el continente americano.

¿Quién no recuerda las fotografías en donde miles de panameños saltaron las cercas que dividían la ciudad de Panamá del enclave colonial, conocido como Zona del Canal, para plantar la bandera nacional como expresión inequívoca de afirmación de la soberanía y la respuesta homicida de las tropas estadounidense que masacraron a la población dejando más de 500 heridos y 21 muertos?

En la Zona del Canal de Panamá Estados Unidos gobernaba soberanamente, como si fuera una parte de su territorio nacional, desde la intervención militar ordenada por Theodore Roosevelt. En 1903, Roosevelt desgarró Panamá de Colombia para imponer un tratado “a perpetuidad”. A partir de este momento, Estados Unidos explotó el Canal a cambio de una anualidad para Panamá, tan irrisoria, que fue rechazada por varios gobiernos.

En este contexto, la insurrección de 1964 impuso un viraje en la historia política de Panamá al forzar al gobierno de Lyndon Johnson a aceptar la renegociación de los Tratados del Canal y poner una fecha de término a su presencia militar en el país. Estas negociaciones, entre el general Omar Torrijos y el presidente James Carter, se materializaron en los Tratados de 1977. No se crea que con ello todo fue aterciopelado. Desde la firma de los Tratados de 1977 significativos hechos conmocionaron la vida política del país: en 1981 fue asesinado el general nacionalista Omar Torrijos; a partir de 1988 se dio la ruptura del Pentágono con el dictador Manuel Noriega que condujo a la sangrienta invasión militar de 1989 y, posteriormente, el establecimiento de varios regímenes a modo de Washington y con apariencia democrática como fueron los de Guillermo Endara, Ernesto Pérez Balladares y Mireya Moscoso. Con Pérez Balladares (1994-1999) se consideró la permanencia de una base aérea estadounidense, con la excusa del control al narcotráfico. Empero, el proyecto no llegó a puerto ante la probabilidad de su rechazo en un *referendum*. Sin embargo, Mireya Moscoso (1999-2004) firmó una serie de pactos de seguridad con Estados Unidos, pasando por encima de la voluntad de la Asamblea Legislativa. Estos pactos incluían la custodia de la frontera con Colombia por parte del servicio de guardacostas norteamericano, pactos que no han sido rechazados por el actual presidente Martín Torrijos (2004-2009), hijo del general Omar Torrijos.

En 1994 se firmó un acuerdo multipartidario, apoyado por el gobierno de Washington, para darle vía a una reforma constitucional que dio origen a la llamada Autoridad del Canal de Panamá, encargada de administrarlo. A la Autoridad del Canal de Panamá se le dotó de una autonomía casi total respecto al Estado panameño, tanto que se le llamó la “zonita del Canal”. A tal extremo se ha llegado, que domina el cri-

terio neoliberal de no contar los ingresos de la vía acuática para efecto del *deficit* creciente del Estado. Por si fuera poco, se prohibió constitucionalmente el derecho de huelga para sus trabajadores, se adjudicaron altísimos salarios a sus funcionarios y se cooptó a la Junta Directiva con personeros salidos de bufetes, bancos y empresas constructoras representantes del capital nacional y estadounidense.

En descargo habría que decir, también, que la experiencia de la Autoridad del Canal de Panamá acabó con la idea, ampliamente difundida por la oligarquía y el imperio, de que los panameños serían incapaces de administrar eficientemente el Canal, pues no sólo éste ha seguido funcionando sino que ha elevado significativamente los ingresos del fisco. En efecto, durante los seis años de administración nacional, incluyendo el presupuesto del año fiscal de 2006, el Canal ha aportado más dinero al país que durante los 85 años que duró la administración estadounidense. De 1914 a 1999, el Canal pagó al fisco panameño mil 877 millones de dólares; en tanto que, de 2000 a 2006, produjo ingresos que alcanzan la suma de 2 mil 200 millones de dólares. Esta situación, empero, ha puesto a la luz nuevas contradicciones, pues al mismo tiempo que el Canal revertía a Panamá y aumentaba sus aportes al presupuesto del gobierno central, la sociedad nacional ha visto empeorar aún más su situación económica y social, producto, además, de la crisis regional de 1999 y de la recesión económica que se prolongó hasta finales de 2004. Bajo estas nuevas circunstancias es imposible no preguntarse ¿dónde quedó la promesa de que la soberanía sobre el Canal produciría una vida mejor para el pueblo panameño? Una interrogación inevitable que, desde una lectura de izquierda, obliga a reflexionar sobre los mecanismos de gestión y distribución de los recursos generados por la administración del Canal pero que, desde la derecha, ha intentado difundir la idea que “con los gringos estábamos mejor”, y proponer la reinstalación de bases militares norteamericanas en Panamá en el marco del Plan Colombia.

En este ámbito, en esta bifurcación que ha venido a crearse en la actual coyuntura panameña y cuya salida –probablemente falsa– consiste en la ampliación del Canal con la construcción de un tercer juego de esclusas, la reflexión de Jorge Turner va más allá de las fronteras tecnocráticas y del autoenclaustramiento de las alternativas de Panamá en los círculos financieros internacionales que, por las reiteradas experiencias del pasado, concluirían con enriquecer a los círculos más altos y estrechos de las elites nacionales y transnacionales, y propone, en cambio, vigorizar las relaciones políticas y económicas entre las naciones y los pueblos de la región. La integración de América Latina se ofrece en el horizonte como una opción realista que, en el marco de la historia compartida y, sobre todo, en el espacio realista de nuevas articulaciones económicas, comerciales, energéticas y de vías de comunicación, podría transformar a Panamá, como en el sueño bolivariano de la “Carta de Jamaica”, en el centro de la región, punto de unión de los océanos Atlántico y Pacífico y de los territorios de norte, centro y Sudamérica. Si en algún lugar hubo alguna vez un centro, nos recuerda Jorge Turner, ese se llama sin lugar a dudas Panamá.